

“La casa de los periodistas exiliados”

Trabajo de grado  
Escuela de Ciencias Humanas  
Programa de Periodismo y opinión pública  
Tutor: Julio Olaciregui  
Periodista de la Agencia France Presse

presentado por  
Natalia Ruiz Giraldo

Agosto, 2010

*“Llevar la pluma a la herida”*

*Albert Londres*



*¿A dónde irán los periodistas que deben salir huyendo de sus países porque su vida peligra?*

La idea de crear un refugio para ellos en París, a través de la asociación *Maison des Journalistes* –MDJ (Casa de los Periodistas) surgió a comienzos de 2001 durante una velada entre colegas franceses como una respuesta a esta pregunta.

Entre vino y vino, Philippe Spinau, quien era director de documentales, le comentó la idea a Daniel Ohayon, periodista de la cadena radial francesa France Info. Casi como por un juego del destino, ambos se habían planteado el mismo interrogante: -- *¿a dónde podía ir a parar un periodista cuando debía tomar el camino del exilio?*

Días antes, Ohayon había entrevistado a un periodista iraní, refugiado en Francia pero que vivía en la calle. A pesar de que Reporteros Sin Fronteras, RSF, es una organización que auxilia a los periodistas en peligro, no es un organismo social y su ayuda se lleva a cabo sobre todo en el extranjero. De ahí que su alcance sea limitado y por tanto, insuficiente. Eso sorprendió a Spinau, quien se sintió impresionado por la historia que contó Ohayon durante aquella velada.

*“Lo que me entusiasmaba no era tanto la idea de tener periodistas exiliados sino contar con una casa donde vivieran personas de todos los sexos, colores, culturas, formas, países, y que pudieran trabajar en un solo lugar”*, cuenta un sonriente Spinau con una cadencia veloz, como si no quisiera perder ningún detalle de los recuerdos que vienen a su memoria.

El proyecto no se concretó de un día para el otro, durante ocho meses se reunieron a la hora del almuerzo para hablar de lo que había que hacer y visitaron a los directores de los grandes medios para obtener las ayudas financieras.

*“Genial, simplemente genial”*, fue la respuesta de los medios de comunicación más importantes del país. Esto contribuyó a que el proyecto pudiera ver la luz más rápido. Según Spinau, el “sí” era producto de la idea misma: *“les proponíamos una ayuda financiera no para una campaña sino para ayudar a gente de carne y hueso; se trataba de sus colegas”*.

*La Maison des Journalistes* fue creada un año después de esa velada memorable.

Era 2002, el mismo año de la guerra en Afganistán luego del 11 de septiembre y la inminente invasión de Irak por las fuerzas de la coalición.

Para ambos, París era la ciudad indicada para crear un lugar que serviría de hogar más que de albergue a los periodistas. Ohayon y Spinau visitaron cerca de diez edificios distintos que les fueron propuestos por la alcaldía de la capital.

Cuando llegaron a esta antigua fábrica, no dudaron en coincidir en que habían encontrado el lugar ideal. Una construcción de 8.000 m<sup>2</sup>, un edificio construido a lo largo de la calle Cauchy y cuya forma era *“perfecta para las habitaciones, pero un infierno para las oficinas”*, dice Spinau, sonriendo al recordar esos momentos de satisfacción inicial.

En su oficina, sobre un armario repleto de libros, hay fotos en blanco y negro del edificio sin remodelar. Se ve una construcción que parece haber sufrido un bombardeo durante la segunda guerra mundial.

Hoy en día la Casa tiene cada vez más proyectos, ideas para realizar pero que necesitan tiempo, *“de tipos locos como yo”*, afirma el director. Casi todo funciona como un reloj pese a un presupuesto anual que podría calificarse de modesto: 350.000 euros, unos 470.000 dólares.

Una suma que alcanza para pagar los gastos de residencia de las las treinta personas alojadas cada año, así como los sueldos del director, del vigilante y becas a dos practicantes. Spinau no acepta voluntarios, pues considera que *“son personas que dan su tiempo, en gran parte, porque llevan una vida aburrida y traen consigo sus problemas personales”*.

La Casa comenzó a funcionar poco a poco, sin hacer mucho ruido, trabajando en coordinación con “Reporteros Sin Fronteras”. Hoy, la MDJ es conocida por todas las instancias gubernamentales e institucionales relacionadas con la inmigración y el derecho de asilo: la prefectura de policía, la Oficina francesa para refugiados y apátridas, OFPRA y Francia Tierra de Asilo. A esto se suma la existencia de la página internet: [www.lamaisondesjournalistes.com](http://www.lamaisondesjournalistes.com), donde se puede conseguir la más amplia información.

## **Con el destino a favor**

No todos los que aquí viven están dispuestos a contar sus historias. Por eso, el director de la casa sirve de filtro cuando se trata de declaraciones o de entrevistas. El sabe muy bien quién sí y quién no tiene la disposición y el idioma para responder.

Contigua a la oficina de Spinau, hay otra oficina que sirve para las consultas psicológicas y otras tareas administrativas. Sin embargo, es evidente que no la ocupan mucho: el escritorio está vacío, sólo unos cuantos bolígrafos y algunos papeles reposan sobre la mesa. Las ventanas son mucho más altas y por ende resulta menos luminosa que la oficina del director.

Adjim Danngar tiene 27 años. Entra a la oficina, da un saludo cordial con la mano. Es muy alto, 1,90m más o menos. Se sienta a toda prisa porque tiene que irse en media hora. No hay tiempo para una larga conversación.

Lleva puesta una camisa de lino beige a rayas y un jean, un atuendo no muy diferente al que usualmente utilizaba para ir a trabajar en Yamena, capital de Chad, su ciudad natal. Adjim no escribe ni hace reportajes para radio. Su vocación la encontró desde pequeño, como suele ocurrirle a muchos, pues pasaba horas y horas dibujando. Empero, sólo a los 15 años le vio utilidad a una actividad que era más un pasatiempo. En 1999 conoció a Gérard Leclerc, un autor francés de dibujos animados y quien tenía una asociación que daba cursos de dibujo a los jóvenes en aquella capital africana.

Durante dos años recibió los cursos. Su fuerte era el dibujo animado, pero según él, en Chad las editoriales de dicho género son más bien escasas. Fue así como descubrió el dibujo de prensa *“un maravilloso medio de expresión caracterizado por la espontaneidad”*, cuenta con voz firme.

Adjim vivió en esta casa hace tres años cuando llegó a Francia. A diferencia de algunos residentes, él se *“siente mucho más próximo de lo que ocurre aquí”*, en su nuevo país de residencia. En efecto, su proximidad con Francia es histórica, pues Chad fue una colonia francesa hasta agosto de 1960.

En sus ojos ya no se refleja el miedo que sentía cuando salió huyendo de su país. Pero a través de sus lentes, su mirada escruta cuidadosamente a quien le dirige la palabra. Una mirada detrás de unos lentes tan rectangulares como su rostro y su barbilla, sobre la cual se vislumbra una pequeña barba negra.

Llegó a París en 2004. Desde entonces trabaja para *“Afrique dessinée”* (África dibujada), una asociación de dibujos de prensa que está ubicada en Saint-Ouen, al norte de la capital francesa.

Creó su propio blog<sup>1</sup> en el que publica algunos de sus trabajos para darse a conocer. Si hoy su situación hoy es estable, no se puede decir lo mismo del momento de su llegada.

Adjim tuvo que enfrentarse a las mismas barreras que la mayoría de solicitantes del derecho al asilo. Tanto en la OFPRA como en albergues que tienden la mano a los refugiados, su caso pasó de oficina en oficina sin respuesta. El desconocía la existencia de la MDJ hasta que un colega suyo, a quien le había solicitado una

---

<sup>1</sup> Ver el blog de este periodista chadiano en <http://adjimdangar.overblog.net>

carta de recomendación para probar que era periodista, le envió la dirección de esta casa.

*“Hice demasiados dibujos de la familia cercana de Deby”, -el presidente chadiano Idriss Deby Itno- dice con una sonrisa irónica, “por eso tuve que salir de Chad”. Más que los dibujos fue el tono satírico que usó denunciando el tráfico de armas y las pretensiones de Debi, “yo dije que era el retorno de la espada, pues según ciertas informaciones el presidente chadiano buscaba tomarse el poder en Sudán”, al comienzo del conflicto en Darfur en 2003.*

Aunque el dibujo de prensa es subjetivo por naturaleza, Adjim confiesa que él, en esa época, lo fue en extremo. Una marca de temeridad que no gustó. Primero lo insultaron. Luego lo agredieron varias veces en las calles de Yemena, dándole atroces golpizas. Pero aún faltaba algo peor: su secuestro había sido fraguado por un grupo de militares.

Sin embargo, el destino jugó a su favor dos veces. Todo ocurrió en el barrio París-Congo de Yemena el 23 de noviembre de 2004. Adjim, a quien la memoria no le falla al relatar ese momento, se alistaba para ir al aeropuerto pues había sido invitado al Salón del libro y del dibujo de Prensa de la capital francesa.

Sus vecinos se dieron cuenta del macabro plan y lo defendieron formando un cerco de protección. Adjim, pudo tomar su taxi para el aeropuerto. No obstante, había perdido su vuelo. Finalmente, el 24 pudo tomar el avión. Adjim, en medio de la incertidumbre reflexionó toda la noche mientras esperaba. Se dijo así mismo que si lograba salir de Chad era para nunca volver, *“se acabó, esto es demasiado”* pensaba, *“llegó el momento de dejar todo atrás y hacer de tripas corazón”*.

En 2007, luego de dar vueltas y vueltas tratando de obtener un asilo que se le alejaba cada día más, llegó a la MDJ y le expuso su caso a Spinau.

Hoy en día Adjim vive tranquilo mientras se adapta sin mayores problemas a la sociedad francesa, un proceso del cual se enorgullece. No piensa mucho en el futuro pues se contenta de su presente. Ya no es el mismo que escapó de una muerte segura en aquel día de noviembre. *“Los viajes y las personas que cruzamos se van adhiriendo a nuestro ser, por eso puedo decir que he cambiado”*, agrega.

## Al comienzo



Fachada de la Casa de los Periodista sobre la calle Cauchy / Cortesía MDJ

En los años cincuenta el edificio que hoy alberga a los periodistas exiliados era la sede de una antigua fábrica en el distrito XV al sur oeste de París. Luego fue abandonado y de esa época de gloria industrial sólo quedó la estructura. Las ventanas rotas y pasillos con un piso de cemento: verdaderas ruinas.

La casa no tiene letreros de tipo alguno, sólo dos timbres, uno para las oficinas y otro para el portero. Finalmente, cuando uno está en su casa, no tiene por qué anunciar quién vive ahí. La entrada es una gran puerta de hierro. Al entrar, el techo es altísimo, de unos 4 metros. El lobby toma su nombre de Anna Politkovskaya, la periodista rusa asesinada en 2006 y cuyo crimen aún está impune.

A la derecha, hay unas escaleras en caracol, y helechos que cuelgan del barandal, como en las casas de campo. A la izquierda, un corredor y las ventanas de las oficinas. Por la sala de espera pasan hombres y mujeres, en sandalias y bermudas, que miran con desconfianza a los ojos de quienes no conocen. Casi que podrían asustar, pero en realidad tienen miedo. Ninguno habla.

Los quince habitantes de la casa, además del portero, su esposa y su hijo, son periodistas, o por lo menos lo eran hasta hace un tiempo. Sin embargo, su audacia, imprudencia, coraje y en ciertos casos atributos físicos, fueron utilizados en su contra.

Este edificio es lo más cerca a Babel. En esta casa se habla farsi, chino, birmano, árabe, amárico y a veces francés. Pero lejos de la discordia bíblica, el aire es de cordialidad.

En la oficina auxiliar de la casa de los periodistas el calor es sofocante en la tarde. El sol pega duro contra las ventanas. Spinau entra, y saca una botella de agua fría de la pequeña nevera, estilo mini bar de hotel y sirve dos vasos de agua.

*“Le voy a presentar a Chouma Mangondo, una ex estrella de la televisión de la RDC (República Democrática del Congo)”*, dice Spinau mientras se seca el sudor de la frente con un pañuelo.

En ese momento entra ella, una mujer alta, maquillada y peinada como si fuera a una entrevista de televisión. Está vestida de un jean ajustado y un corpiño de flores azules grandes que resaltan su voluptuosidad. Su cabello suelto, teñido con algunas iluminaciones rojas y un capul alisado. Los ojos los maquilló de violeta y un rosa nacarado delinea sus labios pulposos.

Una imagen espejo del pasado que trata de resistir a la situación presente y tan distinta.

Una belleza que hacía soñar a unos y conspirar a otros. En 2008, intereses oscuros esperaban ponerla a su servicio. *“Miembros de los servicios de espionaje de mi país me contactaron para que sedujera a ciertos funcionarios del gobierno para sacarles información. Y si a partir de esos datos, ellos eran considerados peligrosos, debía eliminarlos suministrándoles un veneno. Yo me negué, por supuesto”*, cuenta Chouma sin dudar.

Ella era la fachada perfecta para convertirse en chivo expiatorio.

*“Yo trabajaba en la televisión nacional, era presentadora de programas culturales”*. Pero también presentaba un programa matutino. Sin embargo, Chouma se dio a conocer por sus entrevistas a estrellas congoleesas de los años 60 y 70.

En poco tiempo fue ganando audiencia; la gente llenaba el estudio. Los políticos también, porque eran grandes admiradores de esas viejas glorias de la canción que ella invitaba. Y de vez en cuando contaban en el programa sus recuerdos de esa época de oro.



Luego llegaron las amenazas; unas por mensajes de texto a su móvil, otras por llamadas anónimas en las que le decían que la iban a violar, a matar... Y queriendo saber de dónde provenían esas intimidaciones, se dirigió a la compañía de telefonía celular. Pero lo único que le dijeron era que los números no estaban registrados, o no existían, o pertenecían a usuarios que habían perdido su teléfono.

Incluso, decidió instaurar una demanda ante el procurador, para alertar del peligro que la rondaba. Pero él no hizo lo más mínimo para investigar al respecto.

*“Allá eso es pan de cada día. Y los periodistas que denuncian cualquier irregularidad son eliminados”.*

Poco a poco la situación se puso más difícil. El acoso se volvió constante y a pesar de que quiso resistir, el miedo pudo más. Supo que debía huir pero imaginaba que debía estar fichada. Los policías de los aeropuertos debían tener muy en mente su cara y le impedirían salir del país.

La forma más segura y rápida de escapar era por agua. Una noche, a la una de la madrugada tomó una piragua sobre el río Congo que la llevaría hasta Brazzaville, la capital vecina.

El Congo sería una puerta segura. Allí podría utilizar su lista de contactos: colegas, ministros y esperar a que las cosas se calmaran. Mas Chouma no pasaba inadvertida. Allí también podían identificarla.

*“Cuando salía a la calle en Brazzaville, como yo era una estrella, los transeúntes me saludaban y me decían ¿cómo estás, qué es de tu vida? Era imperativo que buscara cómo salir de allí. La inteligencia podía utilizar a cualquier persona para eliminarme”.*

Durante las tres o dos semanas –sus recuerdos la traicionan-, que estuvo en Brazzaville, se refugió en un seminario. Encontró albergue en una habitación pequeña mientras su angustia crecía tratando de arrebatarle la valentía. Pensaba en su esposo y en su hijo de siete meses. Pensaba en que los había abandonado...

*“Estaba traumatizada, lejos de los míos, todo me llegó al mismo tiempo. ¿Qué más me iba a pasar? Cualquier cosa”*, se responde a sí misma con voz afanada, mientras le da vueltas a su celular en la mano. Inquieta, como esperando a que una llamada le pueda cambiar la vida. Pero esta vez para bien.

Desde que llegó a París, las noticias de su familia le llegan a cuentagotas. Su esposo, que es médico, tuvo que dejar la capital e instalarse en una pequeña y lejana provincia en donde no hay ni teléfono, ni electricidad y mucho menos conexión a internet. Pero, *“hace poco supe de ellos. En realidad sé de ellos casi*

*una vez por semana*”, añade rápido como si la carcomieran las ansias de contarle a alguien.

Porque aquí en la Casa de los periodistas *“estamos muy solos. Vivimos bajo el mismo techo pero no entablamos relaciones más allá de la de vecinos”*.

Si bien es cierto que tratan de consolarse mutuamente, como ella misma cuenta, una vez a solas en su habitación, las lágrimas brotan. En la cabeza retumba una y otra vez una sola pregunta: “¿por qué a mí?”

Luego de su huida las represalias no se hicieron esperar. Había despistado a los servicios de inteligencia que indagaban sin cesar ¿en dónde rayos estará Chouma Mangondo? Se les había salido de las manos.

Los colegas la ayudaron a venir a Francia, porque sabían que con ellos tampoco estaba en seguridad. En tres semanas todo estuvo listo: pasaporte, pasajes, visas...

Finalmente, en Brazzaville tomó el avión rumbo a París. Al comienzo la acogieron algunos compatriotas. El asilo no lo pidió en el aeropuerto, prefirió informarse bien y dirigirse a Reporteros Sin Fronteras.

En marzo de 2009, llegó a esta casa. Pero antes tuvo que alojarse en un hotel, a la espera de una habitación disponible en la MDJ.

Luego comenzó el proceso para pedir asilo. Fue varias veces a la OFPRA a contar, ante un funcionario incrédulo, la historia de su vida resumida en diez minutos.

Ires y venires infructuosos pues la oficina para los refugiados le informó hace poco que rechazaba su petición. La OFPRA no creyó una sola palabra de su historia. *“Allá desconocen la situación de mi país. Por eso apelé la decisión ante la CNDA<sup>2</sup>”,* cuenta con desazón.

Chouma sigue en la espera de una respuesta. Sabe que es una fortuna poder vivir en esta casa, conviviendo con quienes de una u otra forma pueden compartir su incertidumbre. Se aferra a su familia, a la esperanza de verlos de nuevo. Las lágrimas se asoman al pronunciar el nombre de su hijo Rawhel y aprieta las manos contra el pecho, intentado recordar su calor.

*¿Cuál es su estado de ánimo?*

---

<sup>2</sup> La CNDA es la Corte nacional del derecho al exilio. Ante esta instancia se puede presentar un recurso en caso de ser negado el exilio. El solicitante puede ser citado y escuchado frente a los jueces. Si la decisión es confirmada, el último recurso se presenta frente al Consejo de Estado.

Por primera vez se queda en silencio.

*“No sé cómo responder a esa pregunta... Aquí no soy nadie y no puedo estar serena ante esta realidad. Pero la vida es una lucha, eso me enseñó mi mamá”.*

## **Nuevas barreras en nuevos horizontes**

En los pasillos de esta “Casa de los periodistas” reina el silencio. Un silencio que abraza una tranquilidad frágil, pero que es necesaria para tratar de curar las heridas del pasado y reflexionar acerca del presente que pasa lentamente.

Cuando se vive aquí, los seis meses que dura la residencia, el tiempo pasa lentamente. Los días se distribuyen entre tres comidas y tareas administrativas. Tareas que juegan con los nervios de muchos pero que son necesarias. *“Ellos creen todo se resume en lograr escapar de su país. Pero no es así, la lucha sigue”*, dice Spinau.

La lucha a la que se refiere tiene que ver con la petición de asilo, una vez en territorio francés. Las siguientes horas, los siguientes días son dedicados a recolectar y coleccionar todos los papeles: artículos de prensa, pruebas de amenazas, denuncias ante las autoridades; todo aquello que sirva para probar que se era víctima de persecución y que por ende, su vida estaba en grave peligro<sup>3</sup>.

Una vez recolectados los documentos, el siguiente paso es presentarse a la Oficina de la protección de refugiados y apátridas OFPRA. Si la documentación está completa, lo cual es poco común, en quince días se determina si es posible lograr el asilo o no.

No obstante, esos quince días transcurren en cámara lenta para quien acaba de dejarlo todo: trabajo, familia, país. Los periodistas poco o nada saben de su familia, a algunos se les recomienda no entrar en contacto con sus parientes para evitar represalias de sus perseguidores.

Los primeros días pueden ser angustiosos, sobre todo para aquellos que sufrieron torturas físicas y psicológicas. *“La mayoría, cuenta Véronique Pouchard, la psicóloga de la MDJ, llegan con traumas psicológicos importantes y tratan de mantenerse alejados de sus vecinos en la residencia”.*

Para muchos el ultraje deja secuelas mayores. Es el caso de un periodista senegalés, casi recién llegado. Véronique vino a verlo por petición de Philippe

---

<sup>3</sup> Ver anexo <http://es.rsf.org/reporteros-sin-fronteras-publica-18-06-2009,33457> sobre el procedimiento para pedir asilo.

Spinau. Según cuenta, el hombre se pasea por la casa con los ojos desorbitados como si fuera a ahorcar al primero que se le cruce en frente. Y cada vez que pasa por la oficina, lo observa antes de bajar por las escaleras que conducen a las áreas comunes.

*“Hace algunos días vino a mi oficina llorando con un cuello ortopédico, relata Spinau a baja voz. Le pregunté qué le sucedía y me mostró fotografías de su cara y de su cuerpo cubiertos de hematomas. Como es de esperarse, le pregunté cuándo le había ocurrido eso, pensando que había sido víctima de alguna agresión en la ciudad”.*

*“Hace dos años me dijo”.* Spinau abre los ojos, exhala fuerte por la boca y se recuesta sobre el espaldar de su silla, como quien no cree lo que acaba de contar. A pesar de llevar siete años a la cabeza de la asociación, cada periodista que llega a la casa trae una historia diferente.



Philippe Spinau, director de la Casa de los Periodistas, en su oficina / Cortesía MDJ.

Luego de la consulta, el senegalés, cuyo nombre pidió no revelar, no ha cambiado la mirada extraña que inquieta tanto al director de la casa. Véronique viene a verlo, y le dice que el hombre se niega a quitarse el collar. Lo más prudente,

según ella, es llevarlo al médico para que le receten un calmante. Pero lo que más le preocupa es lo que se esconde debajo de ese artificio ortopédico.

Rotos. Así llaman a quienes sobrevivieron a las torturas físicas. Golpes, tiros, violaciones, y todo tipo de agresiones que Spinau no es siquiera capaz de pronunciar, de todo lo que ha escuchado y visto por sus propios ojos o en fotografías.

A esta casa llegan con el cuerpo roto, los nervios quebrantados y el corazón hecho trizas. De estos periodistas valientes, muchos de ellos reconocidos en sus países, no queda sino un hablar pausado y sumamente prudente. Seres humanos que ahora refrenan su lengua antes de hablar y que cuentan con recelo sus historias de por qué ahora tienen que vivir en París.

Pocas veces se conoce el paradero y las vivencias de los periodistas que han tenido que salir de sus países como si fueran criminales, en medio de la noche, disfrazados, pagando escondites pero aferrados a la vida. Entre junio de 2009 y mayo de este año, 83 periodistas han tenido que huir por amenazas contra su vida.

París, Francia, podría parecer un lugar ideal para refugiarse. Un lugar que a los ojos de cualquiera podría parecer idílico, en el centro de Europa. Sin embargo, *“cuando se pide asilo, pocas veces es la víctima quien elige a qué lugar quisiera llegar”*, explica Prisca Orsenau de RSF. De ahí que además de las fronteras geográficas, muchos tengan que vencer los límites idiomáticos y abrirse a una cultura que, en ocasiones, puede ser totalmente ajena al recién llegado.

Los sufrimientos y las pruebas continúan en el exilio. Al mismo tiempo que las tareas administrativas, quien llega a la Casa de los periodistas y no habla francés debe tomar clases dos horas diarias, cinco veces por semana.

Para algunos, sobre todo los asiáticos, esto resulta una imposición molesta. No obstante, París es una ciudad difícil para quien no pasa del clásico “bonjour” o “merci, au revoir”. Sin el idioma, más allá de la adaptación cultural que se realiza *per se*, la supervivencia de cualquiera está en vilo.

Philippe Spinau ha tenido que disuadir a varios de los residentes en su propósito de aprender un idioma distinto. *“Siempre les digo: si no habla francés es imposible que se defienda en el día a día. No puede abrir una cuenta bancaria, ni ir al mercado”*, afirma.

## Ocho meses en el desierto

Spinau es un hombre de gran barba blanca, un estómago prominente y de ojos azules detrás de unas gafas de marco redondo. Hasta el día de hoy, este refugio ha acogido unos 180 periodistas de los cinco continentes. Principalmente de África y Asia.

*“El director de la MDJ es como un padre para nosotros”* dice Merid Estifanos Wendimu. *“Le debo mucho a Phillip”*, agrega, pronunciando el nombre con acento inglés.

Merid tiene 38 años. Este etíope tuvo que salir de su país luego de las elecciones de 2007. El gobierno de turno se negaba a dejar el poder a pesar de que había sido derrotado por la oposición. La represión se tomó las calles de Addis Abeba. En pocas horas los soldados mataron a cerca de 500 personas. Los periodistas denunciaron estos asesinatos en primera plana de los periódicos. Al poco tiempo, 24 de ellos fueron a parar a la cárcel, acusados de difamación.

El gobierno justificó sus actos gracias a una ley de 1992 que pretendía garantizar la libertad de prensa.<sup>4</sup>

Pero en realidad, el texto no era sino una fachada que permitía al gobierno acusar de difamación a su antojo.

Merid Estifanos Wendimu fue una de las víctimas. Él, que trabajó durante trece años en el periódico “The Saturn”, siempre se destacó por una escritura franca, directa en sus denuncias. Una actitud desafiante que no fue bien vista por el gobierno y que lo detuvo en la cárcel cerca de seis meses entre 2002 y 2005.

*“Sí, me puede preguntar por qué salí de mi país. Conocí la cárcel, la violencia y las atrocidades”*, contesta en un inglés entrecortado. Su voz no refleja emoción alguna. Merid Estifanos Wendimu habla abriendo los ojos cafés del mismo color que su vestuario, una cruz colgada al cuello y mueve las manos como para ayudar a que las palabras salgan de su boca y así explicar la travesía que hoy lo tiene con vida.

Los últimos siete años han sido un calvario para este reportero. En 2001, estuvo encerrado dos meses en una prisión oscura y sin ventilación. Las temporadas tras

---

<sup>4</sup> Ver artículo de prensa sobre esta ley Mushtaq, Najum.” Nueva ley, nueva amenaza” Documento [online], consultado el 13 de septiembre de 2009. Disponible en la World Wide Web: <http://ipsnoticias.net/interna.asp?idnews=89065>

las rejas se multiplicaron así como el número de meses que fue mantenido en cautiverio. En 2005 ocurrió lo peor.

A su salida, tuvo que esconderse. El gobierno publicó fotos de él por todas las calles como si se tratara de un delincuente.

Buscó una solución rápida: ir hasta Jartum y avisar a Reporteros Sin Fronteras (RSF) y al Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ) de su situación. Con la ayuda de un guía, Merid Estifanos Wendimu se internó en el desierto. *“Fueron ocho meses que me marcaron, ocho meses de caminatas nocturnas huyendo y yo que le tengo miedo a la oscuridad”*, dice Merid con el puño derecho bien cerrado.

A su llegada a Sudán pidió ayuda a amigos colegas que lo albergaron. Sin embargo, la dicha duró poco, pues *“los gobiernos de Etiopía y de Sudán trabajan juntos. La policía de Jartum me arrestó”*, cuenta Merid, a secas.

Las autoridades se negaban a dejarlo en libertad. Por su parte, RSF sirvió de mediador, argumentando que su vida estaba en peligro y buscando un país de asilo. Mas todo fue en vano; Merid Estifanos Wendimu fue deportado a Addis Abeba.

La embajada de Estados Unidos lo contactó gracias a que algunos colegas refugiados en ese país abogaron por él. Una luz de esperanza que se desvaneció poco después en unos hechos trágicos. El cónsul que en una llamada telefónica le había prometido ayudarlo, fue asesinado a tiros unas horas más tarde. *“El caos fue total. La embajada cerró y yo estaba de nuevo a la deriva”*.

Empero, RSF actuó rápido y el consulado francés le otorgó una visa. En pocas horas volaba hacia París, donde ahora, cuatro años después se siente libre. Espera traer a su familia pronto y crear su propio periódico en inglés para los etíopes que viven en Francia. En estos siete meses de estadía ve que las diferencias en la calidad de vida son abismales. *“Es increíble cuán diferente es la vida en África, cómo la gente resiste a esas condiciones tan difíciles. Es como un milagro...”*

## **El dolor y la risa**

Spinau es quien elige a los residentes de la casa; esa es la primera de las dos reglas que ha impuesto. El proceso se reduce a la verificación de dos criterios: ser periodista y que su vida esté en peligro. Dicha verificación es en parte la tarea de RSF. Su tarea consiste en buscar información sobre los periodistas. La segunda condición es que los refugiados no pueden vivir con familiares en la residencia, a pesar de que la mayoría llegan solos. En efecto, el edificio no cuenta con el

espacio para albergar mayor número de personas y tampoco está dentro de las políticas de la casa.

De los residentes, la mayoría son hombres. Aunque *“en la última primavera durante dos semanas las mujeres fueron mayoría, ¡toda una novedad!”*, dice un sonriente Spinau, *“esto demuestra que hay una evolución ya que aún en los países más machistas y represivos, algunas mujeres logran establecerse en cargos cada vez más importantes”*. Quienes trabajan en la prensa y la radio son más vulnerables a las amenazas pues pueden ser más virulentos, más incisivos. En cuanto a los periodistas que trabajan en la televisión, dice Spinau, *“eso es otro cuento”*. Sin embargo, la casa ha recibido a caricaturistas y fotógrafos de prensa.

La espera es lo que caracteriza la vida cotidiana de estos exiliados. Sin embargo, para evitar que los refugiados se vuelvan adictos a observar las agujas del reloj, es importante focalizarse sobre los recién llegados, acompañarlos a lo largo de su estadía hasta el momento en que reciben el asilo.

El acompañamiento no sólo tiene lugar durante el proceso administrativo sino también busca ayudar a que las personas no se sientan solas. Una soledad en la que se pierde el sentido del contacto humano y sobre todo físico, en donde los abrazos y las pruebas de afecto no existen. En donde el amor familiar se resume a esporádicas conversaciones telefónicas con la familia o a uno que otro correo electrónico. Las relaciones se vuelven entonces, virtuales pero necesarias.

Nilofar Habibi es afgana. En su rostro hay algo infantil. Quizás sean sus cejas juntas. Su cabello negro húmedo, peinado con una carrera que pasa por toda la mitad de la cabeza. Un labial rosa, las mejillas apenas pintadas con *blush* y algo de polvos compactos para cubrir los restos de un acné juvenil.

Está vestida como para el verano, con una camisa ceñida al cuerpo y una falda en licra de colores.

*“¿Qué trabajo tenía en Afganistán?”*

*“Presentadora”*, responde.

Fue enfermera durante tres años antes de presentar las noticias. Y luego entró a la universidad por cuatro años pues repitió uno. Un recorrido largo para alguien que sólo tiene 22 años.

Salió de Herat, al oeste de Afganistán, en junio del 2008. Antes de llegar a París, vivió en Qatar.



Con una memoria infalible relata su historia, en medio de un inglés precario que aprendió en el British Council. Y a pesar del drama se ríe. Se ríe por la dificultad que le causa contar su pasado en un idioma que no es el suyo.

*“Me va muy bien escribiendo pero no soy elocuente. Si quiere puedo darle los escritos sobre mi vida”*, insiste, queriendo escapar de esta prueba.

*“Al comienzo unas personas me abordaron cuando me dirigía al trabajo y... ¿cómo se dice?”*, piensa en voz alta, *“y me cortaron los brazos con cuchillas de afeitar”*, cuenta Nilofar. Al mismo tiempo hace un tímido ademán para mostrar una serie de cicatrices de cinco centímetros cada una, dibujadas en desorden sobre sus brazos.

Fue una primera advertencia para que dejara su puesto inmediatamente, no tanto por ser periodista, sino por el simple hecho de ser mujer. Así, con las sangre brotando llegó hasta el canal Herat TV. Sus colegas llamaron a las autoridades para que se iniciara una investigación. Sin embargo, en Afganistán nunca se supo quién quería silenciarla; a nadie le importaba tampoco.

El siguiente episodio ocurrió dos días más tarde. Nilofar estaba en su casa. *“Unos hombres entraron amenazándome con un cuchillo”*. De pronto, su rostro deja ese aire infantil para tomar la forma del de una mujer, esperando a que las palabras salgan con facilidad. Inclina el cuerpo hacia adelante, dejando ver bajo la blusa su pecho donde se asoma la punta de una gruesa y larga cicatriz.

*“Sólo recuerdo que cuando abrí los ojos estaba en un hospital. Y la voz del doctor que me decía que todo iba a estar bien. Don't worry”*. Se vuelve a reír con una risa aguda tratando de retener las lágrimas.

*¿Fue en ese momento en que se dio cuenta de que tenía que irse?*

*“Ujum”*.

*¿En Afganistán, estaba casada, soltera o vivía con su familia?*

*“No, con mis papás”*.

Luego RSF la llevó a Qatar donde estuvo durante seis meses como medida de precaución. Pero como su vida todavía corría peligro, la organización decidió traerla a París y luego a la MDJ.

*“Aquí en esta casa mi vida es muy cómoda, siento que los problemas están lejos”*, dice aliviada. Pero su mente y su corazón siguen en su natal Herat. *“Yo quise ser*

*periodista porque amo este trabajo. Pero también porque pienso que las mujeres deben ser libres, que pueden trabajar, salir a la calle solas”.*

Por eso no espera quedarse aquí. Se siente sola, no tiene nada ni a nadie. De vez en cuando sale a dar una vuelta por la ciudad sin deslumbrarse. Y poco frecuenta a sus vecinos por las barreras lingüísticas, aunque también por timidez.

Por ahora sólo piensa en el retorno. Ella quiere ayudar a su gente, según dice. En particular a las mujeres bajo el yugo de los talibanes que se han encargado de enclaustrarlas y de hacerles creer que ellas sólo vinieron a este mundo a criar hijos.

*“Yo volveré cuando mi país se vuelva bueno, para estar con mi familia y mis 5 hermanos”,* concluye Nilofar.

## **El colega de Bagdad**

Los residentes asiáticos son los más reacios a hablar, no sólo porque el choque cultural es más importante sino también porque no dominan el francés. En algunos casos, es necesario traer a un traductor para que pueda establecerse algún tipo de comunicación. En Francia la diáspora china cuenta entre 600.000 y 700.000 personas. Una población de inmigrantes conocida por su solidaridad interna. Sin embargo, en la casa algunos permanecen más bien aislados.

Los espacios comunes de la casa se encuentran en su mayoría en el sótano. Aunque en el segundo piso hay una modesta biblioteca con mucha luz, unas pequeñas mesas para lectura y dos estanterías colmadas de libros de periodismo y ficción.



En la sala de informática los residentes toman lecciones de Francés. Cortesía de la MDJ.

En el salón comedor de la casa, un periodista llegado de Shanghái está sentado de frente a un noticiero francés, mientras come un plato de pastas y ve pasar tímidamente a Spinau a quien hace un amago de saludo, asintiendo con la cabeza. Luego, vuelve a lo suyo. Otros están sentados frente a una pantalla de computador, escribiendo correos electrónicos a sus familias o leyendo noticias de sus países. En ésta, la sala de informática, los residentes que no hablan francés asisten a clases dos horas diarias.

Detrás de la cocina, está la zona de lavandería. Un área que cuenta con lavadoras y secadoras. Al principio sólo existía la primera. Pero cuando se dieron cuenta de que los residentes comenzaban a colgar su ropa mojada sobre el borde de las ventanas de las habitaciones, se hizo imperativo comprar el complemento.

En este refugio los habitantes viven en comunidad, pero se toman en cuenta sus especificidades culturales; más aún cuando se trata de la alimentación. Por ello, en la cocina hay tres enormes refrigeradores que cierran con candado. Sobre las puertas blancas se puede leer qué habitaciones almacenan sus alimentos allí.

Sin embargo, en esta casa toda marcación tiene un cierto aire de anonimato. Sobre las puertas de las habitaciones pintadas de rojo o azul se lee: “Le Figaro”, “Canal

+", "RFI", "TF1". No son los nombres de sus ocupantes claro, sino de los quince medios que contribuyen financieramente con el sostenimiento del edificio.

Ahmed Al Allef era "fixeur" o enlace en Irak. En la jerga de los periodistas los enviados especiales a las zonas en conflicto los llaman "fixeurs".

Un trabajo que se puso de moda, a pesar de que ya existía con la invasión a Irak de las tropas de la coalición encabezadas por los Estados Unidos, en 2003.

Al comienzo de la guerra, el centro de prensa, adscrito al ministerio de la información, buscaba traductores que pudieran trabajar para los periodistas extranjeros. Al final del conflicto, el ministerio que lo contrató fue clausurado por el gobierno y los estadounidenses. Empero, Irak seguía y hoy sigue siendo un centro de operaciones importantes.

Ahmed colaboró desde 2005 con el diario francés "Le Monde" y con "The Washington Times". Con la recrudescencia de la violencia, el gobierno de turno confinó a los periodistas extranjeros a hacer lo que llamaban "*periodismo de hotel*", término acuñado por Robert Fisk<sup>5</sup>, corresponsal en Irak para el diario británico "The Independent": Informar entonces de hechos que no podían confirmar por sus propios ojos.

Ahmed era entonces una pieza clave, el único lazo de los periodistas con la realidad. Era él quien se desplazaba para entrevistar a las fuentes. Era él quien sugería los temas que debían tratarse.

Sin embargo, nunca pudo firmar los artículos, excepto una vez. "*Era demasiado peligroso, y en Irak es muy fácil matar o secuestrar a cualquier persona*", cuenta Ahmed, abriendo los ojos enmarcados por unas pestañas muy largas y negras como las de un bebé.

Peligroso sí: el mismo año en que este iraquí de padre turco y madre chiita, comenzó a trabajar para los diarios extranjeros, 63 colegas fueron asesinados según cifras de Reporteros Sin Fronteras<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Fisk Robert, [versión online], visitado el 28 de febrero de 2010 disponible en Español en la World Wide web en: <http://www.rodelu.net/fisk/fisk246.html>

La versión en Inglés está disponible en la World Wide Web en :  
<http://www.counterpunch.org/fisk01172005.html>

<sup>6</sup> RSF. Guerra en Irak, la más grande hecatombe para la prensa marzo 2003 – agosto 2010. Disponible en la world wide web :<http://es.rsf.org/irak-guerra-en-irak-la-mas-grande-07-09-2010,38296.html>

Dos amenazas bastaron para que se decidiera a salir de Bagdad. La primera sólo buscaba asustarlo. Un explosivo fue detonado cerca de su casa en medio de la noche pero sin mayores consecuencias.

Al día siguiente se percató de una carta que le habían dejado en el jardín. En ésta le advertían que debía dejar su trabajo con los extranjeros. *“Me dirigí a la policía. Pero me dijeron que si la misma policía no podía protegerse ¿cómo quería que me protegieran?”*

No se expuso, no fue hasta el último round como en aquella época en la que fue boxeador.

Viajó a Jordania y allí llenó los formularios para la visa francesa. En ese mismo instante, el periodista Patrice Claude, de “Le Monde”, le pidió que volviera a Irak. Esta vez se quedó en un hotel pagado por el diario durante 22 días.

Al final de esta colaboración, decidió ir a su casa a recoger algunas pertenencias antes de viajar a París. Pero en ese corto lapso llegó la segunda amenaza. En esta nueva notificación le hacían saber que al haber omitido su primera advertencia la decisión ya había sido tomada.

¿Qué decisión? *“En Irak bastan tres cartas para saber que en cualquier momento lo pueden matar a uno”*, explicó. Ahmed puso a salvo a su familia, madre y hermano enviándolos al norte del país.

En París, el respaldo de un diario importante le permitió tener la visa de refugiado sin tardanzas. Hace ya siete meses que terminó su estadía en la Casa de los periodistas y comparte un apartamento con un amigo.

Desde su llegada se empeñó en hablar bien el francés. Ya alcanzó el nivel 4 en la Alianza Francesa y espera ser periodista de televisión.

El cambio fue brusco pero con el apoyo de sus amigos y colegas no ha sufrido mayores percances desde que llegó a París. En los próximos días, este administrador de empresas, fascinado por los medios de comunicación, va viajar a Montpellier, en el sur de Francia.

Durante tres meses va a tomar un curso en noticieros de televisión. Y luego, espera lograr trabajar como corresponsal de algún medio árabe porque sabe que en los medios franceses no afloran las oportunidades para un extranjero. Según cifras

del Comité para la Protección de los Periodistas, sólo 27% encuentran trabajo en los medios de su país de asilo.

La dura prueba de ser un refugiado lo ha cambiado mucho. Pero Ahmed insiste en que *“Aquí, me he dado cuenta que puedo ser alguien, un periodista”*.

Y a pesar de que le gustaría volver a Irak para trabajar y reencontrarse con su familia, no cree que haya solución a los problemas de su país. Sobre todo con la presencia de los norteamericanos, según dice.

Por ahora, su futuro lo ve aquí, en Francia, pidiendo la nacionalidad dentro de algunos años y trabajando largas jornadas.

## **Retomar la pluma y el micrófono**

Cada residente tiene puesta su mirada en el futuro y no descarta continuar ejerciendo su carrera de periodista.

Para que no pierdan la práctica, Philippe Spinau y Danièle Ohayon decidieron poner en marcha dos medios de comunicación abiertos a los residentes. “L’oeil de l’exilé”<sup>7</sup> (“El ojo del exiliado”) se divide en dos formatos: diario en línea y modesta emisora en la web.

Y aunque el espacio es restringido en el edificio, ambos medios de comunicación tienen un sitio reservado en una sala del segundo piso.

Allí, está Charline, antigua residente de la MDJ, que llegó de Haití hace ya varios años. Desde entonces se ha mantenido ligada a su “primer hogar” y hace las veces de jefe de redacción. Dos practicantes trabajan a su lado.

Según Spinau, a los estudiantes de periodismo y de otras carreras como la sociología y la comunicación les interesa cada vez más trabajar en estos proyectos.

*“Por mí que sean más los jóvenes que quieran venir a darnos una mano”*, afirma el director de la MDJ.

El diario en línea es realizado ciento por ciento por los periodistas residentes. Pero, a pesar de la libertad que tienen para su producción, algunos artículos son

---

<sup>7</sup> En el siguiente enlace se puede acceder al contenido de la última edición. Los textos están en francés. <http://www.maisondesjournalistes.org/index.php>

anónimos, por seguridad. Para otros, es la oportunidad de volver a tener un nombre. Ver su firma al final de un texto es una muestra de reconocimiento.

La emisora consiste en reportajes de 6 minutos actualizados cada mes y un magazín de 40 minutos cada tres meses. Ambas producciones toman la forma de podcast<sup>8</sup>. Dos computadores están a disposición para la edición y grabación de cada mini programa.

La participación en “L’oeil de l’exilé” es totalmente voluntaria y gratuita. Mientras están a la espera de los “benditos papeles”, ninguno de los residentes puede trabajar.

El único dinero que perciben es en forma de cheques para el restaurante. La versión francesa de los *sodexo pass*. Ninguno puede abrir una cuenta corriente o de ahorros en un banco debido a que no tienen documentos, solo un recibo con el sello de la OFPRA.

Por ahora, cada cual recibe a diario un cheque de 9,70 euros, unos 25.000 pesos colombianos. Este sirve para realizar compras en el mercado de la esquina. Un almacén que vende productos a bajo precio y que es frecuentado por los habitantes de barrios populares. Algunos cuentan además con giros de dinero de sus familias.

Por ahora, la labor de Spinau y de Ohayon ha comenzado a inspirar a otros. Para 2012 una nueva casa de los periodistas verá el día. Esta vez en Cádiz, España<sup>9</sup>. La Asociación de Prensa de esa ciudad española entró en contacto con Spinau desde hace unos años. El proyecto, que lleva desde 2006 tratando de realizarse, retoma a grandes rasgos el modelo francés. Catorce periodistas serán acogidos durante seis meses en un edificio de la plaza de la Merced.

---

<sup>8</sup> Podcast: puede definirse como una distribución de emisiones de audio disponibles en la web y que en ocasiones se pueden descargar.

<sup>9</sup> El proyecto de la Asociación de Prensa de Cádiz puede consultarse en <http://www.casadelosperiodistas.org/>



Philippe Spinau con algunos de los residentes de la Casa / Cortesía de la MDJ.